

La hiperactividad y el empuje de la civilización

José Luis Tuñón¹

Universidad Nacional De La Patagonia San Juan Bosco

Resumen

La clínica y el trabajo en las instituciones nos muestran cambios dramáticos en la subjetividad contemporánea. Las personas se encuentran expuestas a demandas sociales que tienen consecuencias funestas sobre ellas. Y que se manifiestan en grados diversos de hiperactividad, o actividad compulsiva, hasta el colapso subjetivo bajo la forma de depresión o irrupciones *masivas de angustia*. En los niños se verifica desde hace un tiempo un fenómeno al que se le ha dado un nombre Trastorno por Déficit Atencional con Hiperactividad, y cuyo tratamiento se confía al uso paradójico de estimulantes. En este artículo se relacionan las causas de este fenómeno, con las modalidades culturales que propician el reemplazo de la experiencia subjetiva por protocolos de acción predeterminados.

Palabras Clave

Experiencia Subjetiva - Evaluación Generalizada- Hiperactividad

¹ Médico Psicoanalista.

Miembro de la Escuela de la Orientación Lacaniana y de la Asociación Mundial de Psicoanálisis.

Docente de la Cátedra de Salud. Mental Universidad Nacional De La Patagonia San Juan Bosco.

Abstract

The clinical practice and work in the institutions show us dramatic changes in contemporary subjectiveness. People find themselves exposed to social demands with harmful consequences. These consequences become evident through different degree of hyperactivity or compulsive activity, until the subject collapses in forms of depression or massive incidents of distress.

Since a few years ago an exceptional phenomenon has been occurring in children that it has been appointed Attention Deficit Hyperactivity Disorder. Its treatment is based on the paradoxical use of stimulants. In this paper the causes of this phenomenon and the cultural patterns that help the displacement of the subjective experience by predetermined protocols are discussed.

Keywords

Subjective Experience, Widespread Evaluation, Hyperactivity,

Recepción: 16 de septiembre de 2013

Aceptación: 22 de marzo de 2014

No exagero si digo que nuestra civilización empuja, y hasta no hace mucho empujaba al progreso. Era un modo de conducir los esfuerzos personales hasta hacerlos coincidir con los esfuerzos colectivos. La coincidencia prometía la inscripción social mediante la adquisición de nombres y signos de valor, como propiedad, trabajo, trayectoria o solvencia económica. Se confiaba al deseo de reconocimiento y al goce de los bienes el estímulo que impulsara la actividad de las personas. Y siempre quedaba el recurso a la moral para forzar la acción en los asuntos que no despertaban demasiado interés. Pero, entre la demanda social y su realización, quedaba una brecha abierta a la interpretación de esos valores por parte del sujeto. Su posición ante ellos era la marca subjetiva que le permitía distinguirse en lo colectivo. Marca que funcionaba aún en el rechazo, la indolencia y hasta el mismo fracaso.

Pero el empuje social cambió de signo con efectos evidentes en lo subjetivo. Se trata ahora de un empuje a la satisfacción cuyo efecto es un número creciente de personas “enchufadas” a su actividad, agobiadas por el stress o la ansiedad generalizada, empuje que, desde hace un tiempo, alcanza a los niños quienes se vuelven agitados e inquietos, puesto que no saben a que atender, y esto hasta un punto en el que se los diagnostica como hiperactivos y se los medica. Por otro lado, esto retorna con el aumento de los signos de agotamiento, como lo indica la expansión de la depresión o la fatiga crónica.

Nuestra civilización empuja, pero lo hace vaciando el sentido de la actividad humana, al cambiar el propósito de la búsqueda de la satisfacción, tarea eminentemente subjetiva hasta no hace mucho, por técnicas que se proponen eficaces para resolver los problemas de la vida de cualquiera.

Desde hace un par de décadas, o un poco más, se fue imponiendo una nueva racionalidad que privilegia la eficiencia, procurando evitar que se malgasten los insumos, como le dicen, en intentos erráticos y poco eficaces. Los valores apreciados son ahora el rendimiento de la inversión y el éxito. Y si bien eficiencia, éxito y rendimiento, son valores tan vagos como progreso, el empuje contemporáneo se afianza en ellos, apoyando su influencia en referencias consideradas científicas y estadísticas inapelables. El éxito es ahora lo que las burocracias dicen que es el éxito.

Y se impone un método que torna perentorias las metas colectivas. Consiste en reducir la ambigüedad de los ideales y valores - sostén de cualquier actividad - a protocolos definidos de modo preciso. Luego se les pide a las personas que se dejen evaluar por esos parámetros. Al consentir a la evaluación se produce el reemplazo de la interpretación subjetiva de los ideales por los ítems de los protocolos evaluables.

El proceso es impersonal, o mejor: para cualquiera, precisamente porque lleva la marca de un ideal cientificista que sueña con extender sus logros a todo el mundo. Claro que, como sólo existen los sujetos singulares, con su cuerpo, su historia y su modo de adquirir el saber necesario para arreglárselas con la vida, este procedimiento causa estragos en todo el orbe.

Que sea impersonal implica que a ese proceso no lo impulsa nadie en particular (aunque haya sectores claramente beneficiados con él) se trata de una burocracia acéfala, expansiva y difusa, cuyos modos, programas y valores se imponen de modo insidioso, una vez que se ha consentido a sus premisas de origen, fundamentalmente ser evaluados.

Es en el mercado donde se puede apreciar con mayor nitidez el empuje contemporáneo y sus efectos subjetivos. Porque las burocracias productoras de conocimiento sobre la conducta y los gustos, también lo producen para los equipos de diseño y ventas. Se empuja al consumidor a elegir entre los muchos productos ofrecidos, lo que torna difuso e hiperactivo al empuje; y si a eso le sumamos que está dirigido a cualquiera, no es difícil entender el contexto sobreexcitado en el que vivimos.

Y no es una pelea entre apocalípticos e integrados, se trata de un asunto que abarca, desde la intimidad, a la vida en común, donde los cambios se tornan especialmente dañinos cuando afectan lo que llamamos: la dimensión ética del sujeto. Esa dimensión no puede ser abordada por la ciencia sin dañar su esencia. Por ejemplo: en el amor, la crianza de los niños, el encuentro con el otro sexo, el reconocimiento de las capacidades y los límites. El saber hacer en esos asuntos concierne específicamente al sujeto que se confronta con esas encrucijadas vitales. Claro que esos también son los "ítems" que mayor interés despiertan como estímulos al consumo, y precisamente porque prometen un atajo que evitaría la incertidumbre y la angustia que suelen rodear ese encuentro.

Que el problema adquiere una escala insólita lo demuestra el fenómeno del llamado Trastorno Por Déficit Atencional, un flagelo que alcanza en algunas regiones proporciones epidemiológicas fabulosas, por ejemplo, cifras de quince por ciento de la población escolar en algunos países(1). Y no menos insólito es el tratamiento de dicho trastorno con un estimulante, el Metilfenidato (2), cuyo uso se apoya en bases puramente empíricas, lo que dio lugar al desarrollo de una mitología científicista sobre las alteraciones que harían que el "cerebro" no cumpla su función de conducir la actividad a su realización exitosa.

Se puede decir que la civilización siempre procuró orientar la actividad de las personas e imponer sus premisas y que éstas han debido ceder parte de sus intereses o apetitos en pos de la vida en común. Es cierto, y también que esa demanda procuraba la identificación a sus mandatos, muchas veces de modo violento. También es cierto. ¿Entonces? ¿Qué tiene de particular el empuje contemporáneo sobre las funciones y las actividades, para que dañen de tal modo a la experiencia subjetiva?

El concepto de actividad, que es el que nos ocupa, es heredero de una larga tradición filosófica. Para Aristóteles el concepto de actividad equivale al de función. La función del hombre es la actividad propia del hombre. Y distingue las actividades específicas del hombre, como flautista, escultor, etc., de la actividad propia del hombre en tanto que ser humano. Y como el ser humano se caracteriza y se distingue de los demás seres por su racionalidad, su función o actividad propia sería vivir y actuar racionalmente.

De ahí que se considerara que el humano que desarrollara su actividad en perfecta consonancia con su función alcanzaría su felicidad. Las actividades diversas de los hombres se reunían en el ideal de un bien supremo, colectivo, cuyo designio se dejaba a la política y la ética. Desde entonces ese ideal se imprimió en nuestra cultura, promoviendo la actividad satisfactoria como lazo entre los esfuerzos colectivos y la realización individual.

Pero esa actividad, en cuyas vías se encontraría la felicidad, está amenazada desde la base. Es que el acceso a dicha función se hace desde un cuerpo viviente que carece del programa para hacerlo. La función misma y el ideal del bien hacia el cual se procura empujarla, son hechos de lenguaje, y es justamente ahí, entre la lengua que guarda las prescripciones del bien y las formas de alcanzarlo, y el cuerpo que la ejecuta, donde se abre la brecha subjetiva.

Cada sujeto, a su turno, debe acceder a esas prescripciones y encontrar lo que quiere hacer con ese bien que se le promete o se le impone. Sea que lo rechace o lo adopte, que vaya directo a él o tome rodeos, que sepa como hacerlo o se declare incompetente, el acceso a sus funciones estará mediado por la posición que adopte ante ese ideal.

A falta de un programa natural que ordene las funciones del humano, el lenguaje hace de órgano a dichas funciones, pero también de obstáculo a cualquier forma de satisfacción natural de las necesidades. El cuerpo del viviente, profundamente distorsionado por las marcas del lenguaje que lo nombran y lo demandan, conserva sin embargo algunas de sus condiciones originales irreductibles al lenguaje. Por ejemplo, la incondicionalidad de la satisfacción natural; el deseo humano, que la sustituye, toma de ella ese carácter y para ser siempre deseo de otra cosa.

Esta brecha se salva únicamente bajo los modos del síntoma, que por otra parte es lo que la experiencia de cada quien evidencia: que el acceso a cualquier ideal es laborioso, y se hace de tropiezo en tropiezo, de logro en logro, entendiendo a medias lo que se espera de nosotros. Mientras tanto la fantasía ayuda a consolarse con la satisfacción futura. De ahí que la neurosis haya sido el nombre de la normalidad durante todo el siglo XX. El tormento de cada quién por encontrar su modo de acceder a esa demanda, cuya actividad ideal nos conduciría a la felicidad, pero en la que no se sabía muy bien lo que se quería de nosotros.

Por este camino los niños encarnaban fácilmente el lugar de las fantasías sobre la satisfacción futura. Cuando esas fantasías brotaban del deseo de los padres, tenían también sus marcas subjetivas que oficiaban de reparo, pero, si en vez de la promesa de los padres, lo que los empuja es una perentoria exigencia de satisfacción, que además no deja lugar a ningún aprendizaje singular por lo anónimo de sus requerimientos, entonces el niño quedará expuesto a esa demanda sin ningún reparo para oponérsele. El resultado será la excitación, la hiperactividad y por supuesto la desatención.

Freud enumeró los tres recursos que ponen un límite a la demanda pulsional; primero la inhibición, un recurso imaginario que permite una pausa antes de dar

el paso siguiente. Si persiste como defensa puede convertirse en un problema. Las hipótesis que recurren a alteraciones cerebrales como explicación de la hiperactividad se apoyan en este punto, ya que para sus defensores, el “cerebro” del niño estaría en realidad inhibido en sus funciones, lo que explicaría que el uso de un estimulante cortical, ponga orden y calma en su atormentada actividad.

El próximo paso es el síntoma, que es un intento fallido, pero eficaz, de salvar la brecha entre la demanda y el acceso a la actividad del sujeto. El síntoma, si no es valorado como un déficit, sino como la respuesta singular del sujeto, puede ser una salida a las impases del empuje civilizatorio. Pero parece ir en contra de la tradición más vieja, donde todavía la felicidad se une con la perfección, y si bien ningún educador un poco cuerdo podría prometer hoy en día la felicidad, el mercado si lo hace y desvergonzadamente (le llama satisfacción)

Finalmente la angustia completaba el trípode, y también permitía una respuesta al empuje pulsional, por la vía de lo que Freud llamaba angustia señal, un signo que anticipe la proximidad de la demanda, estableciendo un tiempo para una respuesta, que permite encontrar algún cauce que conduzca el empuje al trabajo. Ello permitiría la consideración de los tiempos propios para responder, e incluso, hasta la huida.

El empuje contemporáneo borra esas tres formas de la respuesta: la inhibición porque el sujeto queda capturado en actividades impersonales, repetitivas, que rinden una satisfacción preformada y asegurada. Puede pensarse en un juego de computación, por ejemplo. Pero también en cualquier trabajo donde a la experiencia personal se la reemplace por protocolos de decisión que puede llevar adelante cualquiera. En un primer momento puede parecer que de ese modo se resuelve el acceso a la función, ya que la actividad es indicada previamente, o incluso estimulada mediante entrenamientos, simulacros y otras formas de identificación automática, pero al estar vaciados de experiencia subjetiva, o sea: al carecer de reparos en la propia experiencia exponen al pánico y a la parálisis, en cuanto aparece algún estímulo fuera de protocolo. Por ejemplo: cualquiera que interpele al sujeto de modo directo en alguna de las funciones que no pueden eludir la dimensión ética.

Pero hay otra cuestión que se atraviesa en cualquier racionalidad que procure orientar la actividad del sujeto en dirección al bien. Freud mismo ya la puso en evidencia: se trata del hecho de que, el sujeto, encuentra la satisfacción más allá del cumplimiento de los ideales que lo guiaban en el acceso a la actividad. Sea lo que sea lo que se entienda por satisfacción, su búsqueda se desprende de la necesidad misma, como lo ilustra sobradamente el problema de la adicción.

Todos estos embrollos alrededor de cómo encontrar la felicidad ya son cosa del pasado; el empuje contemporáneo resuelve el problema del sujeto moderno, y su neurosis, eliminándola como dimensión. No más búsqueda, no más deseo, y antes de que alguien pueda sentirse insatisfecho recibe una oferta que nunca se le hubiera ocurrido que necesitaba.

En la clínica el síntoma se borra y pasa a ser considerado un trastorno sin ninguna implicación subjetiva. Eric Laurent lo llama: el sueño de un síntoma sin inconsciente. Convertido en trastorno recibe también un tratamiento estandarizado, por lo general medicamentoso y/o con algún programa de entrenamiento conductual. Finalmente la angustia, al no contar con las marcas subjetivas que pudieran servirle de reparo, explota en ataques de pánico que desbordan los límites del sujeto.

Los niños encarnan fácilmente los ideales de felicidad de la cultura, pero también, tornan más evidentes las desdichas, y se encuentran más expuestos que los adultos a los efectos deletéreos de este empuje protocolizado a la satisfacción. En tanto aún están construyendo su propia experiencia, dependen para ello de los límites que los adultos pongan al empuje pulsional. Si sus padres consienten a la idea de que, para criarlos les hace falta un saber que vendrá de la mano de la ciencia, es probable que abduquen de sus funciones. Aunque el niño seguirá tomando sus deseos y expectativas como el punto de reparo donde construirse como sujeto, y fundamentalmente, donde encontrar un camino para la singularidad ineludible del síntoma. Expuesto de ese modo a una demanda inespecífica, la desorientación de los padres funcionará como su marca subjetiva, el niño no sabrá que se espera de él. Sin referencias, la demanda pulsional se vuelca directamente a la actividad tornándola caótica y sin propósito.

De ahí que la respuesta que se le ofrezca al niño deba procurar al menos, no redoblar el problema. Tanto en la faz clínica, como en la pedagógica, no se le puede ofrecer otra vez un saber impersonal que no reconozca lo propio de su sufrir. Porque ocurrirá lo mismo: el niño tomará como inscripción el saber burocrático que se le acerca y la ausencia de marcas subjetivas lo dejará tan desorientado como antes. O peor: identificado a ese saber para cualquiera que borra su condición subjetiva. Por ejemplo, en un artículo de los investigadores José Francisco Guerrero López y Rafael Pérez Galán (2011) admiten que estos niños provenientes de una vida cargada de vergüenzas, humillaciones y auto castigos, recobran la esperanza con el diagnóstico, ya que al menos saben lo que esperan de ellos. Su artículo es un ejemplo de la corrección moral que deben hacer para detener de algún modo la dirección segregativa en la que evoluciona este fenómeno contemporáneo.

Esta corrección moral procura responder, a la segregación diagnóstica, con una especie de inversión positiva, que convierte los rasgos considerados deficitarios en virtudes adecuadas a las exigencias contemporáneas. De todos modos, su muy bien fundado artículo pone de manifiesto la encrucijada a la que se llega con las definiciones rígidas y universales: ya que lo que no encaja en ellas reaparece como desorden. Y su intento de connotar positivamente el trastorno, es insuficiente. Estos investigadores se detienen ante el próximo paso, el que llevaría a considerar que cada niño tiene... “un estilo cognitivo, una forma “especial” de ser y de comportarse” (*ibídem*)

Claro que sostener lo específico de su sufrir es una apuesta mayúscula cuando el empuje contemporáneo - acéfalo, difuso y expansivo - tiene todo para poner al niño como objeto de ese empuje. Es entonces que sostener la apuesta por el

síntoma se revela como una operación política. Así lo señalan varias investigaciones. En realidad un coro creciente de voces que advierten que el vaciamiento simbólico de las instituciones y su reemplazo por protocolos de excelencia es un recurso a lo peor.

Por ejemplo: Graciela Frigerio y Gabriela Diker quienes señalan con énfasis que la educación es el acto político por excelencia. Especialmente cuando el empuje contemporáneo sostiene el ideal de reemplazar la política por una burocracia acéfala, transparente y eficaz. Las instituciones educativas, conmovidas por la crisis de la concepción política que las sostenía, las deja como escenario privilegiado de la desorientación y el empuje contemporáneo.

El artículo de Graciela Frigerio y Gabriela Diker, deja bastante lugar a los modos en que puede aprovecharse lo que queda en pie de dichas instituciones, para volcarlo a favor de una respuesta que dé lugar a lo singular. Y nada muy complicado: tiempos, lugares, disposición a recibir a esos niños en su singularidad y amor incluso (*ibídid*)

Pero cualquiera sea la respuesta también debe apostar a sostener la responsabilidad de los padres y los adultos en obtener el saber por sí mismos. Ya que ningún conocimiento, por científico que se lo considere, ni pedagógico, ni psicológico, mucho menos biológico, puede aliviarlos de encontrar por sí mismos, el saber que necesitan para criarlos.

1 - *Revista New Scientist*, 28/11/98, citada por Gustavo Stiglitz, *La Clase de los DDA o la rebelión de las singularidades. En DDA, ADD, ADHD, como ustedes quieran. ED. GRAMA. 2006*

2 - *El Metilfenidato es una droga estimulante con afinidades estructurales con el grupo de las anfetaminas, su efecto es bloqueo de la recaptación de serotonina y noradrenalina. Esta propiedad aumenta la disponibilidad de estos neurotransmisores en el espacio sináptico, con el resultado de un aumento de los mecanismos excitatorios cerebrales. Este efecto, paradójicamente, aumenta los efectos inhibitorios de la corteza, reduciendo la dispersión de los estímulos de la atención y aumentando el control de los impulsos.*

BIBLIOGRAFÍA

Aristóteles (2001). *Ética a Nicómaco*. Buenos Aires: Alianza.

Freud, S. (1992). *Inhibición, Síntoma y Angustia* (Tomo XX). Buenos Aires: Amorrortu.

Frigerio, G y Diker, G. (Comps.) (2005) *Educación: ese acto político*. Buenos Aires: Del Estante.

Guerrero López, J. y Pérez Galán, R. (2011). El alumnado con TDAH (hiperactividad) como colectivo en riesgo de exclusión social: propuestas de acción y de mejora. *Revista RUEDES*, 1 (2), 37 - 59

Lacan, J. (1995) *Seminario VII*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1998) Seminario XX, Buenos Aires: Paidós.

Laurent, E. (2007). Las nuevas inscripciones del Sufrimiento en el niño. *Enlaces*, 12.

Stiglitz, G. (Compilador) (2006) *DDA, ADD, ADHD, como ustedes quieran. El mal real y la construcción social*. Buenos Aires: Ed. Grama.